

ACTUAMOS COMO ANARQUISTAS

Por el Frente de Teruel: Tramacastilla

La nieve que viste de blanco sudario los altos picachos de la sierra, se divisa desde la lengua de carretera, larga y tortuosa que recorre nuestro coche.

El frío hiela los huesos hasta las medulas, y el motor del auto aspira de cuando en cuando la gasolina, como para respirar, es decir, como calor vital que da fuerza y vida a un cuerpo humano.

Todo es triste en nuestro andar por tierras de Teruel, donde en Tramacastilla, pueblo pobre, hoy tético y dramático por la guerra trágica, tenemos nuestra amada Columna "España Libre", honra y prez de las Milicias Confederales.

Llegados al pueblo, nos da en recorrer posiciones, sitios y rincones que nos sean más precisos para hacer nuestra información de corresponsales de Guerra, y, al mismo tiempo, hacer más fotos que la ilustren.

Recibidos por el comandante del Batallón, camarada Benito Navarro, fuimos invitados por él, y en su unión recorrimos posiciones y lugares estratégicos de guerra.

Informados fuimos de la tranquilidad de aquel frente; de la moral y disciplina de nuestros hermanos, de su valor consciente y de la serenidad y entereza de ánimo que todos los anarquistas atesoran.

No hay que decir nada del valor de estos camaradas, ya que prueba de él dicen en Boadilla del Monte, en Pozuelo de Alarcón, en Utrera y en otros sectores del frente de Ma-

dríd, donde derramaron su sangre noble y generosa, en defensa de la santa libertad y del honor y de la independencia de Iberia.

Afables y cariñosos, nos saludan; estrechas nuestras manos, nos preguntan cómo queda Madrid, y en los ojos de todos se observa ese anhelo por luchar en defensa de su ideal.

Uno nos ofrece un sorbo de coñac, aquel otro un cigarrillo, y así, se nos pasan los momentos y las horas gratamente acompañados y asistidos por todos los camaradas de la Columna "España Libre".

Es noche ya; nos acompañan al auto el camarada Navarro y otros compañeros.

Los camaradas milicianos elevan sus manos en el momento de arrancar el coche y de sus gargantas brotan estos vivas que penetran en lo más recóndito de nuestro corazón: ¡Viva la Columna "España Libre"! ¡Viva la F. A. I.! Nosotros correspondemos con iguales vivas, ¡mientras el coche se desliza silenciosamente por la carretera cubierta de nieve ya, como los picachos más altos de la sierra, camino de Madrid.

AURELIO JEREZ SANTA-MARÍA

Madrid, enero de 1937.

Es necesario internacionalizar nuestra Revolución

Que la Revolución que se desarrolla en España es un acontecimiento mundial, nadie lo duda. Pero que esta convicción oriente suficientemente a los elementos activos de esta Revolución, he aquí lo que no es tan cierto.

Nuestros hermanos de España han demostrado sin medida un heroísmo y un espíritu de sacrificio, de los que parecen tener reservas inagotables. Sin embargo, es necesario decirlo, el heroísmo y el sacrificio pueden ser vanos si no son acompañados y servidos por una clara noción de las condiciones históricas de nuestra época.

Vivimos en un momento en que un hecho social de alguna importancia no puede quedar exclusivamente limitado a la localidad o a la nación. La interdependencia universal se ha vuelto un hecho más poderoso que todas las fronteras artificiales o también naturales, trazadas entre los países.

Algunos, un poco ingenuamente, se sorprendieron al observar que los gobiernos italiano y alemán enviaron sus tropas a combatir en las sierras de España. Puesto que la situación económica y política de esos Estados debería impedirles semejantes costosas aventuras.

Que esas aventuras sean criminales, nada más exacto, pero ellas son, en todo caso, fuertemente naturales. Los gobiernos fascistas obedecen así, simplemente, al instinto de defensa y de conservación. Y hay que reconocer desgraciadamente que esos gobiernos, a ese respecto, han demostrado la clarividencia que el proletariado mundial no muestra hasta el presente.

Hitler y Mussolini han comprendido, desde el primer día, que cada realización del pueblo revolucionario de España es una amenaza y una derrota para el fascismo, en tanto exista. Ellos saben que la Revolución triunfante de España sería un foco que alumbraría e incendiaría el mundo. Ellos saben que no existen fronteras para el dinamismo y el contagio victorioso de la Revolución.

No es, por otra parte, sólo a Roma y a Berlín que la Revolución española preocupa. Ciertamente, los banqueros ingleses se inquietan de ver a los italianos instalarse en las Baleares y a los alemanes en Marruecos, pero, estamos seguros, ellos tienen mucho más miedo todavía a la C. N. T. y a la F. A. I.

En cuanto a los otros países democráticos, Francia, Bélgica, Holanda, etc., se sabe cómo los sucesos de España han desencadenado la cólera agresiva de todos los elementos conservadores y fascistas.

Es por eso que es preciso, sobre este punto, abandonar toda ilusión. Cualesquiera sean las contradicciones de sus intereses, cualesquiera sean sus formas políticas, los Estados capitalistas llegarán siempre al frente único para la defensa de sus intereses superiores y generales.

Siempre ellos se encontrarán, al final, de acuerdo para arrasar una Revolución proletaria; uno por la fuerza bruta, otros por métodos indirectos. Sus métodos pueden variar, su objetivo es idéntico.

Frente a esta maniobra de bloqueo que se dibuja ya contra la Revolución liberadora de España; frente a la muerte por asfixia que se le prepara en las cancillerías internacionales, ¿qué es preciso hacer?

Es necesario internacionalizar nuestra Revolución.

Es necesario atacar al enemigo en su casa, en su propio terreno.

Es necesario que entre los revolucionarios verdaderos de España y del extranjero, la relación y el apoyo recíproco sean desarrollados e intensificados al máximo.

Es necesario, en los otros países, fortalecer los centros de resistencia y de combate libertarios a fin de que su acción paralice al enemigo, para infligirle la derrota que ha sufrido en España.

Camaradas de España: habéis hecho mucho por vuestros hermanos del extranjero. Vosotros los habéis devuelto la esperanza y ellos no os han aportado hasta el momento más que su admiración y un apoyo positivo insuficiente.

Pero cualquiera que sea el aporte de éstos de este lado y éstos de aquel lado de los Pirineos, la realidad histórica nos sitúa en estrecha solidaridad.

La derrota o la victoria de unos será la derrota o la victoria de los otros. El frente de combate de la Revolución española no está solamente en Madrid y en Aragón, él pasa también por París, Londres, Bruselas, etc.; él atraviesa y separa el mundo entero.

Pueden nuestros camaradas de España, así como los de fuera de España, comprenderlo y sacar de ello todas las conclusiones.

Hay que internacionalizar nuestra Revolución.

ERNESTAN

Delegado de los Comités Antifascistas de Bélgica

Del mismo modo que en todos los frentes se ha manifestado una opinión arrolladora en pro de la constitución del Ejército Popular que, mediante el Mandato único, ajuste a un plan de conjunto todas nuestras actividades de guerra, en la retaguardia, los trabajadores que se pelean de la misión transformadora que les incumbe, gritan ya la necesidad de constituir la Alianza Obrera Revolucionaria entre la U. G. T. y la C. N. T., mediante la cual se eliminarán todas las disparidades y diferencias de criterio de los organismos recién creados.

(Pasquín de "C. N. T.")



Hacia un futuro de paz.

AFIANCEMOS LA UNIDAD

Antes de la guerra dijimos que se imponía la unidad del proletariado para hacer la Revolución, para triunfar en ella, para establecer después de la victoria un régimen económico, político y social basado en principios de justicia.

Sobre dos puntos básicos se asentaban nuestras proposiciones a todos los sectores proletarios anticapitalistas. Primero: la libre determinación de las diversas regiones de España respecto al sistema de vida que regiría en cada una de ellas. Segundo: la coordinación de la economía en cada región y entre todas las regiones de la Península.

Después del 19 de julio, más de seis meses de guerra y de esfuerzo constructivo en la retaguardia nos han unido a todos los trabajadores. Las pequeñas rencillas, las trabas de la política incomprensiva de ciertos grupos y hombres, desaparecen ante la auténtica alianza suscrita con sangre en los campos de batalla. Todos a una proclaman que luchan por la libertad. Todos a una —dejamos las excepciones de los prisioneros de la rutina— sostienen que la Revolución hará después de la victoria sobre el fascismo, algo nuevo en la historia, algo diferente de las anteriores revoluciones.

La base de la Revolución está en el proletariado. A él han de sumarse los que no quieren ser víctimas de su propia insensatez. A su gesta han de agregarse los técnicos, los elementos de la pequeña burguesía, si matan el egoísmo que anima su sed de privilegios injustos, de predominio antisocial. Después de la guerra, el pacto revolucionario deberá cobrar más fuerza, porque más terribles serían las consecuencias de una lucha renovada, esta vez entre hermanos. Solamente puede tener vida y enraizarse en el alma del pueblo un pacto que no atente contra su propia esencia libertaria; un pacto que impida la dictadura, el poder centralizado en manos de un partido o de sus jefes; un pacto que puedan sentir los anarquistas, cuya potencialidad se manifiesta ahora en la acción guerrera y en la construcción de las bases de la nueva estructura social.

¿Qué haremos después de la victoria? ¿Cómo proseguiremos el proceso reconstructivo? ¿De qué manera trabajaremos por levantar a esta España despedazada por la guerra? ¿Cómo nos uniremos para la segunda etapa, la más difícil, de nuestra Revolución social?

Nosotros ya hemos dicho nuestra palabra. ¡Libre experimentación económica y social en cada región! ¡Plena autonomía de cada región para organizarse! ¡Relación, de abajo arriba, federativamente, dentro de la nueva España! ¡Coordinación en la producción, el intercambio, en toda la economía post-revolucionaria! ¡Los productores unidos en los Sindicatos, y éstos unidos entre sí!

La industria, la agricultura, el transporte, la enseñanza, la sanidad, la cultura, todo ha de estar en manos de los trabajadores del brazo y del cerebro, organizados de acuerdo a las normas del federalismo más amplio, negador de todo poder y de toda autoridad coercitiva.

A pesar de las afirmaciones que venimos haciendo en la prensa, en los Plenos y en los actos públicos, precisando nuestra posición en forma clara y terminante, la prensa de los diversos sectores que comparten con el anarquismo la lucha y con anarquistas la gestión gubernamental en la guerra, repite con marcado regocijo nuestra conversión a la acción política, entendiéndola así significar que hemos renunciado a nuestros principios clásicos y a los métodos revolucionarios que son su consecuencia. Vale decir, que nuestras constantes aclaraciones no bastan para que los que debieran pensar bien cuanto sobre nuestra actitud y nuestro porvenir manifiestan, se convengan de que ni hemos dejado de pensar como anarquistas ni dejaremos de actuar como tales mientras permanezcamos en pie.

En vez de apreciar en toda su amplitud de miras la posición adoptada por los anarquistas en la guerra al fascismo, deduciendo enseñanzas que bastarían para destruir las falsas e interesadas concepciones que sobre nosotros y nuestro idealario han abundado, en vez de comprender que las actuaciones de ahora son una prueba contundente de nuestra firme voluntad de mantener un sólido bloque contra el enemigo; en vez de valorizar en su justo término la interpenetración anarquista de esta lucha decisiva para el proletariado ibérico. Los que han elevado al primer plano de sus actividades el culto al poder y la aspiración al gobierno, los que han abandonado una posición revolucionaria, que el anarquismo jamás dejó de lado, para convertirse también en pretendientes de la dirección estatal, todos los que del anarquismo recilicaron la más grande lección y el más elocuente ejemplo antes y después del 19 de julio, propagan, con vistas a la confusión en el exterior y al desprestigio de nuestra ideología entre el pueblo español mismo, que hemos llegado a obrar en la práctica como políticos, que participamos en el poder como buenos estadistas, que utilizamos el aparato gubernamental con las mismas artes que hemos criticado en más de un siglo de propaganda antiautoritaria.

En verdad, sabemos que tales prédicas, tal preocupación por señalar la intervención anarquista en el gobierno, tal insistencia por darnos consejos y palmitearnos las espaldas mientras se lanzan puñaladas a las ideas que nos son más queridas que la propia vida, persiguen el mismo fin de siempre. Nuestro contacto leal, nuestra mano fraterna tendida sin reservas, nuestra inobjetable actuación en los frentes de guerra y en los puestos de responsabilidad, nuestro continuo pregonar en pro de la unidad revolucionaria, nuestro trabajo persistente para sellar una alianza que permita el triunfo en la guerra y después de la guerra, todo cuanto hacemos y decimos en el afán de situarnos a la altura de esta hora trascendental que viven España y el mundo, no ha logrado destruir los viejos resortes del partidismo, las archiconocidas palancas de la maquinaria política. Siguen funcionando, para captar prosélitos y méritos, las más de las veces a costa de la honradez y de la consecuencia para con los propios aliados circunstanciales. Decir del anarquismo español que ha virado en redondo, para entrar al escenario político y obrar como partido más en la política, es hacer caso que señalamos. Nada menos y quizás mucho más...

He aquí una síntesis del proceso en que fuimos parte, que, aun expresando sólo lo que nos es permitido decir por el momento — que a su hora vendrá el resto, — concreta y justifica cuanto venimos sosteniendo. Antes del 19 de julio, en el apogeo de la algarazca del triunfo de las izquierdas políticas, en su pleno reinado, dijimos que el proletariado debía sellar una alianza leal para ir a la Revolución, porque el fascismo, las derechas desplazadas estaban incubando en el aparato militar y político la inevitable rebelión. Incitamos a la acción revolucionaria, negando lo que todos afirmaban: que desde el poder conquistado de nuevo por las izquierdas se iba a exterminar el fascismo. Nuestros acuerdos del congreso nacional, de la C. N. T. de Zaragoza y del Pleno peninsular de la F. A. I. celebrado antes, están patentizando sin lugar a dudas esta primera verdad.

Estalló el golpe fascista, que la política de izquierda no supo evitar. ¿Hay alguien que pueda desmentir la segunda verdad que escribimos con nuestra sangre, y que ha impedido por la acción inmediata, casi sin armas, de los hombres de la F. A. I. y la C. N. T. en toda España y particularmente en Cataluña, que se impusieran los generales de la República burguesa? ¿Tomamos para nosotros todos los laureles, impusimos nuestra hegemonía donde por nuestra fuerza y nuestra acción teníamos quizás derecho a exigirlo, u ofrecimos la alianza, o realizamos la unidad con los sectores que hasta entonces habían fracasado en sus gestiones gubernamentales, en sus métodos políticos? Esta es otra de las verdades que tiene su continuidad hasta el presente, porque no hay fuerza más apegada a la unidad en la guerra y la Revolución que la que encarna en la F. A. I. y la C. N. T. ¿Quién propicia en toda la España antifascista la alianza obrera revolucionaria, con más calor que la C. N. T. y la F. A. I.?

Nosotros ofrecimos soluciones que hubieran permitido la acción eficaz del bloque antifascista sin que tuviéramos que participar en el gobierno. Nosotros propusimos la creación de Consejos de Defensa, en que estuvieran representados todos los sectores obreros y políticos antifascistas. ¿Hay alguien que pueda decirnos si era o no eficaz la solución, cuando en respuesta se nos ha colocado ante el dilema de asumir responsabilidades plenas o mantenernos alejados de ellas, yendo o no a compartir los puestos gubernamentales?

Transigimos por las condiciones creadas que no estaba en nuestras manos modificar. La guerra no es anarquista, hemos dicho y repetimos siempre. Y aceptamos la guerra antifascista como fatalidad histórica que el logro de nuestras más caras aspiraciones impone, porque no somos revolucionarios de salón ni hemos fabricado fórmulas simplistas en gabinetes aislados de la realidad ambiente. También ahora, nuestra viva participación en las primeras líneas de fuego, nos imponía ejercer el control y compartir la responsabilidad de la guerra, y para ello fuimos a ocupar puestos en un aparato político, al que, siempre y ahora mismo, consideramos como superfluo en la reconstrucción revolucionaria. Fuimos a él, no por reconocerle virtudes que hasta ayer le negamos. No para vigorizarlo, para emplearlo como elemento de erección revolucionaria, para someter desde sus altos mandos al proletariado que quería hacer y estaba haciendo en la base del pueblo, la verdadera transformación social. Fuimos a él, en un acto más impuesto por la guerra, mientras las necesidades de la guerra nos reclamaban allí.

¿Pueden los apologistas de nuestra "conversión", decirnos cómo se llama al hecho de participar por fuerza de las circunstancias, por ellos mismos creadas en gran parte, en un mecanismo al que no damos ni daremos beligerancia en la transformación económica y social que la Revolución opera? ¿Pueden decirnos si nuestra posición doctrinaria no se consolida al resistir las arremetidas de los estatolátras y trabajar, en cambio, en la misma base obrera, en la misma base de la producción industrial y agrícola, en la misma base de las organizaciones proletarias, para que se efectúen las realizaciones revolucionarias, para que se efectivice la socialización?

Por permanecer anarquistas sostenemos la imposibilidad de cualquier fórmula política como base de la alianza salvadora. Por permanecer anarquistas, afirmamos que la unidad revolucionaria debe afirmarse en sus cimientos proletarios: C. N. T. y U. G. T.

PRENSA REVOLUCIONARIA

- "TIERRA Y LIBERTAD", órgano de la F. A. I.
- "SOLIDARIDAD OBRERA", "C. N. T.", "FRAGUA SOCIAL", "ACRACIA", diarios de la C. N. T.
- "RUTA", "JUVENTUD LIBRE", órganos de las JUVENTUDES LIBERTARIAS